

DIARIO DE CORDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA, ADMINISTRACION, NOTICIAS Y AVISOS.

1677.

Suscripción en Córdoba.
Por un mes... 8 rs.
Por trimestre. 22 rs.
Fuera de Córdoba.
Por un mes... 10 rs.
Por trimestre. 28 rs.

MARTES 27 DE FEBRERO DE 1866.

Los Sres. suscritores a este periódico tienen derecho a insertar gratis en sus columnas un anuncio ó comunicado al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés.

AÑO XVII.

Sección editorial.

LA ENVIDIA.

Al ocuparnos de la vanidad en uno de los artículos anteriores, dijimos que esta tenía origen a la envidia, y por consiguiente, esto nos escusará hasta cierto punto el trabajo de probar que esta pasión, que consiste en el pesar que se experimenta por el bien ajeno, no es otra cosa, como los celos, que una manifestación, que un efecto del amor propio y del deseo de aprobación, contrariados; y nos evitara, sobre todo, el trabajo de demostrar que las pasiones que exageradas dan lugar a la envidia, nos fueron dadas para nuestro bien.

No estará, sin embargo, de más, el recordar algunos hechos que demuestran evidentemente que a tales pasiones debe su origen el pecado ó los pecados que hoy nos ocupan.

Efectivamente: si el vano se cree feliz al juzgarse aplaudido y considerado, y si el orgulloso se contenta con creer que todo se le merece y que todos le han de buscar; el hombre que, a pesar de humillarse ó de hacer público alarde de sus méritos verdaderos ó imaginarios, se ve despreciado y postergado, y el que cree reconocer en otro al que puede hacerle sombra y sobrepujarle, padecen y padecerán extraordinariamente, comidos por la envidia, como vulgarmente se dice. Ved a ese industrial, a ese comerciante, a ese literato, a ese general, antes tan rozagantes y felices, hoy místicos, pálidos, flacos, pensativos y tristes ó iracundos; y empleando el fraude, la mentira, la calumnia, el sarcasmo y hasta el puñal y el veneno: ¿qué tienen? Tienen envidia, del vecino que puso tienda enfrente de la suya y que presentando mejores y mas baratos géneros, puede quitarle los parroquianos; del nuevo escritor, que con su talento y su originalidad, puede sobrepujarle ó cuando menos igualarse; del oficial de filas, que por su valor y su pericia, puede sobrepujar sus hazañas y la aureola de gloria que rodeaba su nombre: es que su orgullo y su vanidad se ven ajadas ó temen serlo: es que tienen pesar por el bien, por el encumbramiento, por el renombre ajeno: es que juzgan que el encumbramiento de otros, ha de producir su propio descrédito y su humillación: es que los instintos dados para producir en ellos la emulación que proporciona los progresos humanos, se han exagerado, se han viciado y han dado origen al pecado, a la pasión deprimente y horriblemente angustiosa que llamamos envidia.

Cierto es que muchas veces toman parte y parte muy principal para producir esta pasión, el instinto de propia conservación y el de adquirir y atesorar; y que por eso, así los que comen y visten bien, como los que tienen comodidades, se ven envidiados por los pobres ó por los que están colocados en posición menos desahogada y mas baja que ellos; empero siempre la pasión dominante es el orgullo, es la vanidad, es la soberbia, en una palabra, que se ve ó teme verse humillada.

¿Por qué, sino es por ese deseo de aplauso y de cariño y de preferencia, el niño que ve halagar a su hermano menor ó a otro niño extraño, llora y patatea y se pone triste y enferma al fin; bastando para curarle de su envidia el ver que se disminuyen las caricias al pequeño, el ver que se le separa de su lado ó que en su presencia se le desprecia ó se le da un sofión? No son el instinto de propiedad ni el de propia conservación quien así le pone, no es, si, que su amor propio cree verse humillado.

¿Y qué son los celos sino esa envidia, ese temor, fundado ó infundado, de verse despreciados y abandonados por la persona a quien amamos y que creamos nos prefiere ó debe preferirnos? ¿Qué son sino el instinto de aprobación y el de afectividad y propagación exagerados, mal dirigidos y al mismo tiempo comprimidos y contrariados?

La envidia y los celos, como todas las pasiones deprimentes, ocasionan en nuestra salud los mismos perjuicios que la soberbia y la ambición comprimidas, siendo siempre el cerebro el asiento primitivo de ese desorden, que se transmite muy pronto a las vísceras del abdomen.

Esos dos afectos que despedazan el corazón del que los sufre; roban a su víctima la alegría, substituyéndola con una sombría tristeza, como ya hemos dicho; producen el aborrecimiento al objeto que los causa, y, los celos especialmente, una mezcla indefinible de amor y de cólera hacia el objeto amado. Si el instinto de destrucción acompaña al que está dominado por la envidia ó por los celos, ese desgraciado piensa tan solo en los medios de destruir al que tanto le hace padecer, y concluye al fin vengándose, ya de un modo manifiesto y descarado; si tiene valor, ya de un modo innoble y ratero si es cobarde.

La inquietud, la tristeza y el rencor amargan su vida; el sueño desaparece ó cuando menos es agitado y poco ó nada reparador; los ojos, que siempre están fijos, ó dirigiéndose hacia los lados con agitación y

desconfianza, se hundén; el apetito se pierde; las digestiones se alteran: el hígado se abulta, se inflama y se endurece, dando lugar a la ictericia; y el enflaquecimiento y la palidez del cuerpo se hacen sumamente considerables. Ocupado el cerebro en buscar los medios necesarios para vengarse y destruir a su enemigo, cuando no en los de lograr su propia muerte, se pierde la memoria de todo lo que no tiene relación con su pasión dominante, y al fin sobreviene una monomanía; una locura mas ó menos pacífica, pero que siempre van acompañadas de accesos de furor, sino es que se terminan por la estupidez y el abatimiento.

Casi todos los suicidas, como casi todos los locos furiosos que se hallan en los manicomios y fuera de ellos, deben su dolencia a los celos ó a la envidia.

Ahora bien: cuando la envidia produce tan desastrosos efectos, y cuando la caridad que es su antítesis, reanima las fuerzas abatidas y produce la alegría y el bienestar general de nuestro cuerpo y de nuestra alma; cuando aquella nos cavitece ante los hombres y ante nuestra propia conciencia, y esta por el contrario nos eleva ante la sociedad, y ante nosotros mismos, ¿podremos dudar en la elección? No creemos, no podemos creer en la posibilidad de tal duda: entre lo que nos proporciona multitud de padecimientos, y lo que solo nos causa placer y salud, no es dudosa, no puede ser dudosa la elección.

Seamos, pues, caritativos, arrojemus de nuestro pecho a la envidia, a ese áspid que se rodea a nuestro corazón para mejor destrozarle; amémonos los unos ó los otros, y nos habremos ahorrado multitud de padecimientos morales y físicos, obteniendo en cambio placeres inefables y duraderos.

J. Alarcón y Saucedo.

CORTES.

SESION DEL 23.

Congreso.

Empezó la sesión a las dos y se leyó y aprobó el acta de la anterior.

Varios diputados se adhirieron a la mayoría en la votación de ayer.

Se leyó un dictamen de la comisión de incompatibilidades.

Se entró en la órden del día y continuó el debate sobre la contestación del mensaje.

El Sr. Figueroa usó de la palabra en contra consumiendo el primer turno, empezando por asegurar que él y sus amigos políticos en el Congreso, aunque pocos, son representantes en él del partido progresista.

La contestación al discurso de la Coro-

na dijo que recordaba la frase de que la palabra se había hecho para ocultar el pensamiento.

La primera cuestión que tocó aunque ligeramente fué la de Chile, asegurando que años atrás cuando la corbeta *Ferrolana* fué a aquellas aguas, los chilenos la recibieron perfectamente y si hoy nuestras relaciones con aquel gobierno se encuentran tan cambiadas, debe culparse de ello, al menos en parte, a la desgraciada elección de personas que con autoridad han sido enviadas a aquellos países.

La cuestión del poder temporal del Papa no debía confundirse a juicio del orador con los intereses del catolicismo, pues el poder temporal era cosa accesoria al catolicismo, que nació en la historia cuando hubo una razón de conveniencia política para que naciera, y que moriría al desaparecer esta razón. El combatió en España a nombre de la ridícula cuestión del poder temporal, significaba solo en ciertas gentes halagar preocupaciones de otros lugares para procurar adquirir el poder.

Calificó de jeremiadas los discursos en favor del poder temporal, cuestión que había traído a la política española la cáfila jesuítica que se ha entrado en nuestra patria.

Calificó de medida liberal el reconocimiento de Italia: Recordó que hasta nuestros reyes absolutos habían escrito contra el poder temporal de los Papas, cuando este poder, que fué aclamado por los italianos cuando veían en él un valladar a la barbarie, no respondía a una gran necesidad.

Sintió que la comisión hubiera añadido la calificación de temporales a los derechos del Papa, porque el poder temporal había muerto. La unidad de Italia estaba hecha, porque había allí un pueblo que la quería, una nobleza ilustrada que reconocía la importancia que debe tener, y una clase media ilustrada que también comprende sus deberes, y sobre todo, un rey que ha conquistado la unidad de su patria en los campos de batalla y el corazón de sus súbditos, en los hospitales de coléricos.

SESIONES DEL 24.

Senado.

Abierta a las dos y 10 minutos, bajo la presidencia del Sr. Duque de la Torre, se leyó el acta de la anterior que fué aprobada.

Entrando en la órden del día, se leyó el dictamen de la comisión que entiende en el suplicatorio, pidiendo autorización para procesar al señor marqués de Ovieco, por supuestas injurias al señor Colombo, gobernador que fué de Salamanca.

El señor marqués de Ovieco se levantó para defender su conducta, declarando que era completamente ajeno a la cuestión de sumistros de la provincia de Salamanca, que en la nota que pasó firmada

también por el vizconde de Revilla a la asesoría de Hacienda, no formulaba ninguna injuria al Sr. Colombo, segun varias veces tenía manifestado, y concluyó pidiendo al Senado que diera la autorización pedida, pues deseaba que hubiera luz en el asunto.

El Sr. Corvera impugnó el dictamen de la mayoría de la comisión, defendiendo al Sr. Ovieco.

A las tres y media, hora en que abandonamos la tribuna, continúa en el uso de la palabra el Sr. Corvera.

Congreso.

Abierta a las dos, leyóse el acta de la anterior y fué aprobada.

El Sr. Perez de Molina pidió que se trajera nota de los magistrados nombrados y separados por el ministerio de Gracia y Justicia.

El señor Cardenal apoyó una petición hecha al Congreso por un catedrático de Instituto.

El señor Lopez Dominguez dijo que había presentado otra petición sobre derechos pasivos de los referidos catedráticos.

El señor Cardenal opinó porque se reformase la ley sobre derechos pasivos de catedráticos.

El señor ministro de Fomento dijo que el Gobierno se ocuparía de esta importante cuestión.

Entrándose en la órden del día, usó de la palabra el señor Claros en la discusión del mensaje; y seguía hablando a las tres, hora en que cerramos este acta.

Sección oficial.

La Gaceta del 23 publica los reales decretos siguientes:

Relevando del cargo de capitán general del departamento de marina de Cartagena al teniente general D. Antonio Estrada y Gonzalez Guirál.

Nombrando presidente de la junta consultiva de la armada al teniente general D. Antonio Estrada y Gonzalez Guirál.

Relevando del cargo de vocal del Consejo de administración y gobierno del fondo de redención y enganches de los matriculados de mar destinados al servicio de los buques del Estado, al jefe de escuadra D. José de Ibarra y Auirán.

Nombrando capitán general del departamento de marina de Cartagena al jefe de escuadra D. José de Ibarra y Auirán.

Nombrando vocal, para cubrir vacante de la clase de generales, del Consejo de administración y gobierno del fondo de redención y enganches de los matriculados de mar destinados al servicio de los buques del Estado, al jefe de escuadra D. Guillermo Chacon y Maldonado.

Disponiendo que D. José Luis Retortillo y D. Sabino Ojero cesen en el cargo de vocales, de la clase de diputados, del Consejo de administración y gobierno del fondo de redención y enganches de los matriculados de mar destinados al servicio de los buques del Estado.

(420)
los balcones, al mismo tiempo que aparecía un destacamento de la patrulla en el extremo de la calle donde tenía lugar el ataque.

Auger no tuvo tiempo mas que para correr con toda la fuerza de sus talones, murmurando de la patrulla, que protege a los débiles contra los fuertes.

Pero Auger no se tuvo por derrotado. Prometiéndose comenzar de nuevo con mas ventaja.

—Si yo no hubiese estado solo, se dijo, la joven hubiera sido robada, y una vez robada en casa del príncipe, ¡qué fé mia! el príncipe quedaba hecho responsable del acontecimiento.

Auger tomó un ayudante.

Pero había contado sin Rétif de la Bretonne: el viejo, por su parte, se obstinaba en no dejar robar a su hija, más todavía que Auger en robarla. Desde la tentativa de raptó, cada vez que volvía de casa de Reveillon, única casa que su hija frecuentaba, Rétif se hacía escoltar por algunos obreros de

(421)
la fábrica, gente por lo general poco amiga de los aristócratas, y que acechando con deseos la ocasión de distribuir algunos golpes, consentían en esconderse en las esquinas ó en las puertas cocheras, para enganar, con una aparente soledad, al enemigo del reposo de Lura.

Auger se fingió ebrio; se había vestido de cochero. Su compañero, tan poco ebrio como él, le ayudaba a interceptar el paso de la calle; uno y otro cantaban, con voz vinosa, una canción popular.

Cuando Rétif llegó al desierto de los Bernardos, a las nueve y media de la noche, hora extraordinaria para aquellos barrios, Auger, que conoció el paso y el andar de sus víctimas, se acercó a Pura tambaleándose, y prestó que quería abrazarla.

Ella gritó, él se lanzó sobre ella, y esta vez tuvo tiempo para levantarla en sus brazos.

Rétif gritó: «¡Socorro!» pero el compañero de Auger le cogió a la

(424)
un sermón del rey por su irreligion, y sufrido los gestos de desagrado de la reina porque le había vuelto la espalda al rey.

En aquella noche, pues, no era un príncipe manejable.

Auger sabía todo esto, pero Auger no podía escoger hora ni momento.

El no había pedido mas que quince días para triunfar; estaban en el décimo séptimo, y al acostarse, el príncipe había dicho:

—Hace ya ocho días que no oigo hablar de Mr. Auger; que vayan a buscar a ese tunante, para que yo le caliente las orejas.

Y como Mr. Auger tenía la desgracia de no ser amigo de la lacayería, un lacayo se había precipitado por los escalones, a fin de ejecutar mas prontamente las órdenes de S. A. R. El lacayo estuvo a punto de reventar por falta de respiración; pero, diez minutos después de haberse dado la órden, Mr. Auger estaba en la antecámara del conde de Artois.

(447)
dre, no había querido consentir en el deshonor de su hija, razón que hubiera sido excelente para Luis XV, hubiera sido muy mala para Luis XV.

Rétif había previsto esto, cuando aceptó valientemente la guerra. Así decidió vigilar a Pura, en todas sus acciones.

Esta vigilancia hizo inútiles las cualidades de sabueso que adornaban a Auger durante ocho días.

Esto era demasiado! M. el conde de Artois no había dado a Auger mas que quince días; por otra parte, Auger no le había pedido mas.

Rétif no se separaba de su hija; ponía a con ella a la ventana, y cuando Auger aparecía a uno u otro extremo de la calle, la sonreía irónicamente, ó le saludaba con aire burlón.

Desenbierto así, el Mercurio de monseñor el conde de Artois se alejaba furioso.

Las precauciones de Rétif se extendían a los mas pequeños detalles.

Ni un pan, ni un envoltorio de espe-

